

DE HOMERO A TOYNBEE

Fermin Requena

En sus comienzos la Historia fue poesía, leyenda, mito. Después, y especialmente entre los historiadores romanos, fue tomando entidad y dejó en herencia una gran tradición que se puso de manifiesto en quienes nos relataron el final del Mundo Antiguo, la época de las invasiones, la destrucción del Imperio de Occidente, en suma. Y todo ello sin menosprecio alguno del significado de los historiadores griegos, que de una historia con carácter meramente narrativo habían pasado a una historia genética, con el intermedio de una historia pragmática. Tucídides era ya un gran psicólogo, un gran conocedor del género humano.

Pero a partir de la ruina del Imperio Romano, ya en el Medievo, la historia volvió a ser poesía o somera síntesis. En parte de la Edad Media la Historia se debió a los juglares y a los monjes. Podríamos decir que eran dos mane-

ras diferentes de interpretar la Historia. Para ellos la meta no era precisamente el hallazgo y la transmisión de la verdad. Los juglares contaban lo que habían oído, sin más preocupaciones, adobando el relato con todo el cúmulo de circunstancias adquiridas en sus caminatas; los hechos históricos se adornaban con infinidad de detalles que los hacían "más pintorescos". En cuanto a los monjes, convirtieron la Historia en una suma de síntesis, resumiendo cada hecho en unas breves palabras latinas a las que continuaban unas fechas. Es decir, el hecho histórico se hacía Historia transmitida ensanchándose y alargándose, deviniendo en la más fantástica de las leyendas; o bien quedaba circunscrito a los marcos de una leve inscripción. La herencia clásica, como en tantos campos, el historiador como tal, se habían perdido momentaneamente.

Hubo de tenerse conciencia de cierta unidad para que el historiador volviese por sus propios fueros. Y esa unidad fue concebida en la Europa de los Imperios medievales, presuntos continuadores de la unidad representada por el Imperio Romano, pero con matices muy distintos. Existe un paralelismo entre la unidad europea del Imperio Universal Católico de carolingios y otónidas y la unidad de concepción del devenir histórico.

Cuando en la misma Edad Media resurge la Historia con atisbos de ciencia, los estudiosos de la misma pretenden dar una visión universalista y, lógicamente, tomando como centro el mundo europeo más conocido, llevan sus relatos a los comienzos

de la Humanidad. Para ellos el imperio medieval no fue sino una continuación del Imperio Romano. Esta concepción universal, inspirada en Paulo Orosio, era una concepción política, desprendida de *La Ciudad de Dios*, de San Agustín.

Pero hay que hacer una aclaración: aquellas crónicas medievales, de Otón de Frisinga o de Lamberto de Herzfeld, por ejemplo, encerraban en su contenido dos partes bien diferenciadas, lo extra contemporáneo y lo contemporáneo de sus autores. En cuanto a lo primero, los hechos volvían a interpretarse con una base de lejano y escaso conocimiento, se retornaba a lo mítico, a lo legendario. En cuanto a lo segundo, los hechos históricos se completaban con una óptica mucho más aproximada a la verdad, dada la proximidad temporal de los historiadores, si bien con cierta carencia de perspectiva histórica. Es en este segundo aspecto cuando la Historia adquiere por un lado una cierta objetividad, y por otro el apasionamiento propio del que vive de cerca los sucesos que relata, con toda la carga emocional que, queramos o no, ha de tener un carácter inmanente.

Con mucha lentitud los cronistas medievales fueron desprendiéndose de los hechos lejanos y se fueron centrando cada vez más en los contemporáneos. Alfonso X, si por un lado redacta o hace redactar una *Grande e General Estoria*, por otro da a la posteridad la *Crónica General*, en la que nos relata los sucesos de Castilla hasta el reinado de su padre San Fernando. Otro tanto sucede con

Muntaner en Cataluña, o con Joinville en Francia.

La madurez de la Historiografía propia de la Modernidad fue pues preparada por los siglos medievales. Esto se pone claramente de manifiesto en los historiadores del descubrimiento y la conquista de América, obra minuciosa, casi sin dar entrada a la imaginación ni oportunidad a la oscuridad de la leyenda.

Lo conceptual en la Historia marcha prácticamente en paralelismo con los sistemas divisorios. Cristóbal Keller había concebido el suceder histórico como un todo discontinuo: era la consecuencia de la infraestimación de la Edad Media por los intelectuales del momento. La *Historia antigua* significaba el esplendor del mundo clásico, que se ve diluido en las tinieblas medievales (*Historia medii aevi*) y continuado en la Modernidad por el resurgir que significaba el Renacimiento (*Historia nova*). Es claro que hasta llegar al siglo XVII con Cristóbal Keller, la Historia no se había concebido en los mismos planos divisorios. O bien se dividía en seis edades -lo que procedía de San Agustín y utilizó San Isidoro-, o bien en cuatro monarquías -división inspirada en el sueño bíblico de Nabucodonosor, interpretado por el profeta Daniel-. La clasificación en seis edades prosperó ciertamente hasta Beda el Venerable en su *Chronicon sive de sex aetatibus*. La clasificación en cuatro monarquías hizo fortuna hasta bien entrado el siglo XV, en el que se vivía nostálgicamente la historia esplendorosa del Imperio Romano.

Desde el siglo XVII hay pues un cambio concepcional. La propia Reforma protestante había influido poderosamente, reforzando el desprecio por lo medieval. Si la reforma protestante significaba, entre otras muchas cosas, el divorcio entre la Iglesia de los papas y la primitiva comunidad cristiana, es lógico pensar que el desprecio por la Edad Media surge de lo que aquélla tiene de pontifical y de lo que tiene de germánico, en oposición este término a la civilización de Imperio.

En las postrimerías del siglo XVII, adentrando su vida en el XVIII, nace el filósofo e historiador napolitano Giambattista Vico, a quien Croce considera como un solitario, aun aislado dentro del pensamiento de la Ilustración. La obra de Vico, que vio la luz en su tercera edición en el año de su fallecimiento -1744-, es poco conocida de sus contemporáneos, teniendo en cuenta que no contaba con el apoyo de quienes en Europa creaban opinión, como era el caso de Leclercq, desde la *Gaceta de Holanda*. Vico no participaba en las corrientes de su época y, en consecuencia, fue el gran olvidado. Fue el polo opuesto de un Voltaire que, demolidor impenitente, había substituido la concepción providencialista agustiniana por la contienda entre la razón y la ignorancia, haciendo tal fortuna su pensamiento que puede afirmarse que puso los cimientos de lo que se dominaría Historia de la Cultura, y dió nombre a la Filosofía de la Historia.

A Vico hay que considerarlo fundamentalmente como un autodidacta. Si en un principio estuvo ligado al

eclecticismo del siglo XVII, posteriormente se produjo en él una reacción anticartesiana. Para Vico existe identidad entre lo verdadero y lo creado y, en este sentido, tan sólo a Dios le es dado conocer a la naturaleza, reservando al hombre lo que ha sido realizado por él. Existe pues en Vico una cierta raíz agustiniana, en la que priva la idea de que la providencia divina preside el curso del quehacer colectivo de la Humanidad. Pero la evolución de las civilizaciones se basa en la presencia de ciertas leyes científicas denominadas *corsi* y *ricorsi*. Todos los pueblos atraviesan distintas etapas a lo largo de su historia: nacimiento, desarrollo y decadencia; pero al llegar a esta última el proceso comienza nuevamente, aunque en un plano distinto y superior. Al mismo tiempo consideraba a las civilizaciones no como círculos cerrados, sino en espiral, afirmando que no había una ley del progreso continuo, dando su lugar a la contingencia y a la libertad.

El papel de Giambattista Vico puede considerarse a la larga decisivo, ya que con su pensamiento convirtió en posibilidad la posterior consideración científica de la Historia, si bien puede afirmarse que fue escasísima la influencia que ejerció entre sus contemporáneos.

El siglo XVIII había dado pasos decisivos para la concepción científica de la Historia, pero dicho siglo aún tenía ciertos prejuicios antimedievales que contribuyeron a no conceder a los tiempos pasados un auténtico juicio crítico, lo más exento posible de apasionamiento. El final del siglo, la Revolución, no podía tampoco ser

ecuánime con los tiempos pasados, por su mismo sentido y contenido. Pero es un hombre nacido en la Revolución, Niebuhr, quien no compartiendo los prejuicios revolucionarios, nos lleva de la mano a la actitud crítica y positiva del siglo XIX. Niebuhr indaga hasta el fondo en sus estudios; no se conforma con los simples sucesos, sino que se adentra en los entresijos de la historia interna, de las instituciones. Inspirado en los **Prolegomena ad Homerum**, de Wolf, publicados a finales del siglo XVIII, Niebuhr, que había hecho resucitar la Historia de Roma, llevó a su obra un espíritu realista y científico, como Boeck y Müller habían efectuado en el conocimiento de la Historia de Grecia.

Eran los tiempos en que los hermanos Grimm habían hecho el milagro de dar nueva vida a las tradiciones germánicas, y en que los pensadores e investigadores alemanes tuvieron la idea de la publicación de los **Monumenta Germaniae Histórica**, que tanto tenía que ver con el sentimiento nacionalista alemán. Era por otra parte el comienzo de los estudios científicos y serios sobre la Edad Media, continuados por Wilken en **Las Cruzadas**, o por tantos otros historiadores.

Si los estudios de la antigüedad y los de la Edad Media ya tenían sus representantes, faltaba a cambio el estudio de la Modernidad. En Ranke se da la circunstancia de que no sólo se preocupa de la Edad Moderna, sino de que supo enlazar cuidadosamente las tres edades conocidas de la Historia, aplicando la más estricta crítica y la mayor objetividad. Su obra fue de carácter universal, considerando a

todos los pueblos y naciones en igualdad de derecho ante el historiador. Después de estudiar detenidamente a los pueblos románicos y germánicos, los pueblos de la Europa meridional, la Historia de Alemania y la Historia de los papas, acometió la idea de una Historia Universal, que comenzó cuando tenía ochenta y cinco años y que a su muerte, en 1886, había abarcado hasta Enrique IV.

Pero los críticos, si bien no negaban a Ranke su objetividad, le achacaban frialdad, falta de apasionamiento. El polo opuesto lo representó Mommsen, cuyo espíritu apasionado le llevó a concebir la Historia de diferente manera. Muy pronto alcanzó la fama con sus obras **El derecho público**, **la Historia de las Provincias Romanas de Augusto a Diocleciano**, ésta última de una gran erudición y acompañada con las inscripciones de los textos. Naturalmente, el apasionamiento de Mommsen se hizo aún mayor en sus continuadores, que llevaban los problemas de la Antigüedad a los de su tiempo. Tal sucedió con Dahlmann, con Droysen y con Treitschke.

Con el romanticismo llegó el amor hacia todo lo medieval: las Cruzadas, los templarios, los trovadores. Agustín Thierry sembró de luces lo que no era sino sombras, como fue el **Relato de los tiempos merovingios**. Y junto a Thierry, Michelet, que llenó de pasión cuanto escribía, llegando a afirmar que la Historia debía ser "una resurrección de la carne". Sin faltar por supuesto quienes pretendieron hacer una disección del pasado, descubriendo su esqueleto, como fue el

caso de Guizot, cuya pretensión era la de encuadrar la vida de los pueblos en una estructura lógica.

En Inglaterra, para encontrar una auténtica personalidad desde Gibbon, hay que detenerse en Macaulay, que da en sus **Ensayos** una auténtica interpretación original sobre los hechos y, sobre todo, sobre los personajes de la Historia. Y junto a él no tenemos más remedio que fijarnos en la participación que Carlyle otorga a la masa anónima en el acontecer histórico, si bien termina afirmando la superioridad de las individualidades selectas, capaces de encauzar el movimiento y el devenir de las multitudes. Mittford, por otra parte, aprovechó la Historia de Grecia para detestar las libertades de los ciudadanos, en contraste con el espíritu de la democracia, que será defendida por Grote. Y ambos proyectaban al presente el pragmatismo del pasado. Otros historiadores ingleses, como Freeman y Green se ocuparon preferentemente del estudio de la historia de su patria.

En América hubo preocupación por la historia europea. Enamorados de España fueron por ejemplo Washington Irving, conocidísimo por sus **Cuentos de la Alhambra**, y Prescott, el concienzudo historiador del reinado de los Reyes Católicos y de las campañas de los conquistadores españoles en América.

Caso curioso sucede en nuestra patria, donde, no olvidándose el apasionamiento por el dominio de la razón y de las luces, parece encontrarse cierta complacencia en el desprestigio

del pasado nacional, pintándose con negras tintas, como en Ilorente, todo lo que la Inquisición representaba, con lo cual se daba la razón a nuestros detractores europeos. Tuvieron que ser historiadores extranjeros, como Dozy, en su **Historia de los musulmanes de España**, quienes nos legaran una interpretación positiva de nuestro pasado.

El confusionismo y misticismo de la doctrina de Krause tuvo en España sus seguidores con Sanz del Río, Nicolás Salmerón, Giner de los Ríos y Azcárate. Este último, que llegó a negar la autenticidad del pensamiento español, encontró su réplica en nuestro gran polígrafo Menéndez y Pelayo, cuya figura, ingente, representa el renacimiento de la cultura española, que centra en la cultura universal.

Puede decirse que a partir de Menéndez y Pelayo comienzan en España las inquietudes por los estudios serios y críticos. Se produce un deseo de desvelar la historia de la conquista y ocupación de la Península por los musulmanes, creándose una escuela de arabistas cuyo fundador fue Pascual Gayangos y sus sucesivos continuadores Codera, Ribera - el primero que relacionó el mundo árabe y el cristiano - y Miguel Asín, a quién debemos el lúcido conocimiento de tantos fenómenos del pensamiento de Oriente y Occidente.

Por otra parte, el siglo XIX había representado el descubrimiento científico de tantas y tantas culturas y civilizaciones que habían permaneci-

do en las brumas de la leyenda y del mito. Egipto, Mesopotamia, la Grecia prehelénica, los fenicios, los persas y los hititas son ahora realmente conocidos. A Homero se le da la razón en buena parte y se descubre que, bajo la leyenda y la fantasía de su obra, laten datos exactos y concretos.

La misma palabra **cultura**, empleada ya en los siglos XVII y XVIII, adquiere ahora todo su valor con Burkhart y de la interpretación de cultura individual se pasa a la de cultura colectiva. Representantes de esta última tendencia son Lamprecht, Meyer y Max Weber, para culminar con **La decadencia de Occidente**, de Oswald Spengler. Sin embargo Spengler no estuvo muy acertado en su concepción de las culturas, consideradas como círculos que desarrollan su nacimiento, su evolución y su muerte. Las culturas no mueren nunca, dejan su herencia sucesivamente para ser recogidas en ese gran compendio de síntesis que es la Historia de la Humanidad. Las culturas no mueren, no existe en ellas el germen de la fatalidad. Otra cosa es hablar de civilizaciones, cuya creación y desaparición es, en frase de Toynbee, obra única y exclusivamente de los propios hombres.

Henri Pirenne, a caballo entre los dos últimos siglos, junto a Lucien Febvre, transformó la visión positivista de la Historia en la de la interpretación global, con preponderancia de los elementos económico-sociales, que para él cumplen una misión esencial. Su hijo Jacques Pirenne llega a la conclusión de que el progreso no es continuo en la Historia de la Humanidad. Para él, si la ciencia ha progre-

sado de manera espectacular, sin embargo no ha aumentado, sino tal vez disminuido, el valor moral del hombre. Esta circunstancia le lleva a preconizar un examen de conciencia, llevado a cabo en la contemplación de la larga aventura humana, de la Historia Universal. Una auténtica filosofía de la Historia tan solo puede concebirse en el confrontamiento de las sucesivas culturas y ello nos llevará a "conclusiones sociológicas, científicas y morales". Sólo en esa actitud se podrán aniquilar ciertos prejuicios, como son los de "religión, raza, lengua, ideologías políticas, sociales o místicas".

Pero Jacques Pirenne ve otros valores en el estudio profundo y sintético de la Historia Universal; y ellos están expresados en el hecho de que un conocimiento del estadio en que se encuentra la civilización actual tan sólo es posible con aquél de los diversos ciclos culturales. Y en este sentido, la Historia será realmente pragmática, al poderse deducir el futuro de las entidades del presente. Distingue entre los elementos históricos aquellos que son inmutables y sobre los cuales no es posible intervenir, porque están inmersos en la propia naturaleza humana, y aquellos otros sobre los que es factible una intervención, refiriéndose, claro está, a las condiciones económicas y sociales. Al mismo tiempo, reafirma el papel que juegan las individualidades en la Historia, que informan las ideas religiosas, morales, filosóficas y científicas.

Finalmente, Toynbee, tal vez mas filósofo de la Historia, cifra su mayor ambición en descubrir las leyes generales de la sucesión de las civilizaciones, efectuada con ritmo ciclico. Es manifiesta en él la influencia de

Oswald Spengler. Con respecto al protagonismo de la masa y de las individualidades en el devenir historico, se inclina neta y claramente a estas últimas. Su **Estudio de la Historia** es una de las aportaciones mas interesantes de nuestro siglo.